

— Está tranquila, yo volveré, murmuró el jóven, apoyando sus labios sobre los de su querida, ¡oh! sí, yo volveré; y si no vuelvo, es que habré muerto.

— Entonces, dijo la jóven sonriendo, estoy tranquila, no estaremos separados largo tiempo.

Peppino repitió por segunda vez la señal.

— Sí, sí, ¡héme aquí! exclamo Fernando lanzándose sobre la escala de cuerda y subiendo rápidamente sobre el caballete de la pared.

Llegado allí, se volvió y vió á la jóven de rodillas, y con los brazos levantados hácia el cielo.

— ¡Adios, Carmela! la dijo, adios, ¡mi esposa delante de Dios y muy pronto delante de los hombres!

Y saltó al otro lado de la pared.

— Hasta la vuelta, murmuró una voz débil; hasta la vuelta, te espero.

— Sí, sí, respondió Fernando. Saltó sobre el caballo que le había llevado Peppino, le hundió las espuelas en el vientre y se lanzó, seguido del jardinero, por el camino de Siracusa, temiendo, si permaneciese allí mas tiempo, no tener valor para marchar.

EL SUBTERRANEO.

Dios libró á don Fernando y á Peppino de todo mal encuentro, y al amanecer llegaron á Belvedere.

Sin entrar en la aldea, se dirigieron al instante hácia la puertecita del jardin y encerraron los caballos en la cuadra; cogieron las antorchas, el alicate, las tenazas y la lima y avanzaron hácia la capilla. Como temores supersticiosos continuaban alejando á los curiosos, á nadie encontraron en el camino y entraron sin ser vistos.

La impresion fué profunda para don Fernando cuando se encontró allí donde había experimentado tan violentas emociones y corrido tan terrible peligro; no por eso se dirigió con paso menos firme hácia la puerta secreta; pero por donde iba reconoció las manchas secas de la sangre de Cantarello que coloreaba todavía las losas de mármol en toda la parte del pavimento próximo á la capilla, al pié de la que había caído. Don Fernando se volvió con un estremecimiento involuntario, describió un círculo mirando de lado y en silencio, aquella huella que la muerte había dejado á su paso, y

en seguida se fué derecho hácia la puerta secreta, la que abrió sin dificultad. Llegados allí los dos jóvenes encendieron cada uno una antorcha, continuaron su camino, bajaron la escalera y hallaron la segunda puerta; en un momento fué forzada; pero al abrirse dió paso á un olor tan mefítico que ambos se vieron obligados á dar algunos pasos atrás para respirar. Don Fernando mandó entonces al jardinero volviera á subir y mantuviera abierta la primera puerta á fin de que el aire exterior penetrase bajo aquellas bóvedas subterráneas. Peppino volvió á subir, aseguró la puerta y volvió á bajar. Ya don Fernando impaciente había continuado su camino y Peppino de lejos veía brillar la luz de su antorcha: de repente, el jardinero oyó un grito y se lanzó hácia su amo. Don Fernando estaba recostado en una tercera puerta que acababa de abrir; tan espantoso espectáculo se había ofrecido á sus miradas que no había podido contener el grito que se le había escapado y al que había acudido Peppino.

Aquella tercera puerta se abría á una cueva, baja de bóveda que encerraba tres cadáveres: el de un hombre aherrojado á la pared por una cadena que le ceñía el cuerpo, el de una mujer tendida sobre un colchon y el de un niño de quince ó diez y ocho meses echado sobre su madre.

De repente, los dos jóvenes se estremecieron, les parecía que habían oído un quejido.

Los dos se lanzaron al punto á la cueva: el hombre y la mujer estaban muertos; pero el niño respiraba todavía; tenía la boca pegada á la vena del brazo de su

madre, y parecía deber aquella prolongacion de la existencia á la sangre que había bebido. Sin embargo, era tal su debilidad que era evidente, que si no se le prodigaban pronto socorros no habría ya nada que hacer; la mujer parecía muerta hacía muchas horas y el hombre desde dos ó tres días.

La resolución de don Fernando fué rápida y tal como la exigía la gravedad de las circunstancias; mandó á Peppino cogiese el niño: luego, habiéndose asegurado que no quedaba en aquella fatal cueva ninguna otra criatura ni muerta ni viva, á excepcion del hombre ó la mujer que les eran desconocidos á los dos, empujó la puerta, salió prontamente del subterráneo, cerró la salida secreta, y seguido de Peppino se encaminó hácia la aldea de Belvedere. En el camino cogió Peppino una naranja y exprimió su jugo sobre los labios del niño, que abrió los ojos y los volvió á cerrar al punto llevándose á ellos las manitas y exhalando un quejido, como si la luz le hubiese deslumbrado dolorosamente; pero como al mismo tiempo abría su boca anhelante, Peppino renovó el experimento, y el niño, aunque conservando siempre los ojos cerrados, pareció volver algo en sí.

Don Fernando se fué derecho á casa del juez, le refirió palabra por palabra lo que acababa de suceder, enseñándole el niño próximo á espirar, como prueba de lo que decía, é indicándole le siguiese á la capilla para instruir proceso verbal y reconocer los cadáveres; luego acompañado del juez fué á casa del médico, dejó el niño confiado á su mujer, y todos cuatro volvieron á la capilla.

II.

Todo habia permanecido en el mismo estado, desde que se habian separado de ella Fernando y Peppino. Se comenzó el proceso verbal.

El cadáver encadenado á la pared era el de un hombre de treinta y cinco á treinta y seis años, que parecia haber luchado espantosamente para romper su cadena, porque sus brazos erispados todavía estaban extendidos en direccion á la boca de la mujer; sus brazos estaban llenos de sus propias mordeduras; pero aquellas mordeduras eran las señales de desesperacion mas bien que del hambre. El médico reconoció que debía estar muerto hacia dos dias, sobre poco mas ó menos. Aquel hombre le era completamente desconocido lo mismo que al juez.

La mujer podia tener veinte y seis á veinte y ocho años. Su muerte parecia haber sido bastante dulce; se habia abierto la vena con una aguja de hacer media, sin duda para prolongar la existencia de su niño, y habia muerto por debilidad, como hemos dicho. El médico opinó que habia espirado hacia solo algunas horas. Así como el hombre, parecia forastera en la aldea, y ni el médico ni el juez recordaban haber visto jamás su rostro.

Mas allá de la cabeza de la mujer, y junto á la pared habia una caja rota y cubierta de un guardapiés. El juez levantó aquella caja, y entonces se apercibieron que habia sido colocada allí para ocultar un agujero practicado en la parte baja de la pared. Este agujero era bastante ancho para que una persona pudiera pasar por él pero terminaba á cuatro ó cinco piés de profun-

didad. Examinado el agujero, se reconoció que debía ser excavado con la ayuda de un instrumento de madera que las mujeres sicilianas llaman *mazzarello*, que es el mismo que nuestras aldeanas colocan en su cintura, y que les sirve para sostener su aguja de hacer media. Por lo demás, tal es el poder de la voluntad, tal es la fuerza de la desesperacion, que se encontraron bajo el colchon muchas piedras enormes, arrancadas de los cimientos de la pared, que habian sido extraidas de allí por aquella mujer, sin otro auxilio que el de sus manos y de aquel instrumento. La tierra, así como las piedras, estaba tapada por el colchon, con objeto sin duda de ocultarlo á los ojos de los que guardaban á los prisioneros.

Continuó la investigacion: se encontró en una excavacion de la pared una botella que habia contenido aceite, una jarra que habia tenido agua, una lámpara apagada, y un vasito de hoja de lata. Otra excavacion de la pared estaba ennegrecida por la calcinacion, y anunciaba que muchas veces se habia debido encender fuego en aquel sitio, por mas que no hubiese allí ningún conducto por el que pudiera salir el humo.

Estaba colocada una mesa en medio de la cueva. Al sentarse delante de aquella mesa para escribir, vió el juez un segundo vasito de estaño que contenia un líquido negro; cerca del vasito habia una pluma y por el suelo tres ó cuatro hojitas de papel. Entonces observaron que las hojitas estaban escritas con una letra fina y menuda, sin ortografia, y sin embargo bastante legibles. En seguida se buscaron otros pedazos de papel

que pudieran hallarse todavía, y se descubrieron otros dos que estaban en la paja bajo el cadáver del hombre. Estas hojitas de papel no parecía que se hubiesen ocultado allí con intención, sino mas bien haberse caído casualmente de la mesa y haber sido esparcidas con los pies. Como las hojitas estaban paginadas, las reunieron, las ordenaron, y hé aquí lo que se leyó:

« En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

» He escrito estas líneas con la esperanza de que caerán en manos de alguna persona caritativa. Cualquiera que sea esta persona, la suplicamos en nombre de lo que tenga mas querido en este mundo y en el otro, nos saque de la tumba en que estamos encerrados hace muchos años mi marido, mi hijo y yo, sin haber merecido de ningun modo este espantoso suplicio.

» Me llamo Teresa Lendini, soy natural de Taormina, y debo tener al presente veinte y ocho ó veinte y nueve años. Desde el momento en que fuimos encerrados en la cueva donde escribo, no he podido contar las horas, no he podido separar los dias de las noches, no he podido medir el tiempo. Hace mucho tiempo que estamos aquí; hé ahí todo lo que sé.

» Estaba yo en Cátania en casa del marqués de San Floridio, donde habia sido colocada como hermana de leche de la jóven condesa Lucía. La jóven condesa murió en 1798, me parece; pero la marquesa, á quien yo recordaba su querida hija, quiso conservarme cerca de sí. Tambien murió á su vez aquella buena y digna

marquesa: Dios quiso tener su alma porque era amada de todo el mundo.

» Quise entonces retirarme á casa de mi madre, pero el marqués de San Floridio no lo permitió. Tenia consigo, con titulo de mayordomo, un hombre cuyos antepasados, hacia cuatro ó cinco generaciones, habian estado al servicio de sus abuelos, que conocia toda su fortuna, que sabia todos sus secretos; un hombre, en fin, en quien tenia la mas grande confianza. Este hombre se llamaba Gaetano Cantarello. Habia resuelto el marqués casarme con este hombre, á fin, decia, de que pudiésemos los dos vivir cerca de él hasta su muerte.

» Cantarello era un hombre de veinte y ocho á treinta años, bello, pero de una figura un poco tosea. Nada habia que decir contra él; parecia un hombre honrado; no era ni jugador ni libertino. Habia heredado de su padre y recibido de las bondades del marqués una suma considerable para un hombre de su condicion; era, pues, un partido ventajoso, considerando mi pobreza. Sin embargo, cuando el marqués de San Floridio me habló de este proyecto, á mi pesar me estremecí y prorrumpí en llanto; habia en el fruncimiento de cejas de aquel hombre, en la expresion salvaje de sus ojos, en el tono áspero de su voz, alguna cosa que me espantaba instintivamente. Oia decir, es verdad, á todas mis compañeras que era yo muy feliz en ser amada de Cantarello, y que Cantarello era el mejor mozo de Mesina. Preguntábame, pues, interiormente si no era yo una loca siendo la única que pensase así de mí prometido, mientras que todo el mundo le veia de

otro modo. Me eché, pues, en cara mi injusticia para con el pobre Cantarello. Y á mis ojos la reprension que á mí misma me daba era tanto mas fundada, cuanto que si bien tenia un sentimiento de repulsion instintivo hácia Cantarello, no podia disimularme que experimentaba un sentimiento enteramente contrario por un jóven labrador de las cercanías de Paterno, llamado Luigi Pollino, el cual era primo mio. Nos amábamos con la mas tierna amistad desde nuestra infancia, y no hubiéramos podido decirnos desde qué época aquella amistad se habia cambiado en amor.

» Nuestra desesperacion fué grande cuando el marqués me participó sus proyectos sobre Cantarello y yo; desesperacion tanto mas grande, cuanto que mi madre, que veia en esto un matrimonio que jamás podia yo esperar hacer, decia: abandona enteramente los intereses del pobre Luigi para ocuparte en los del rico mayordomo; y me indicaba renunciase á mi primo para no pensar ya sino en su rival.

» Habíamos llegado al principio del año de 1785, y el dia de nuestro matrimonio se habia fijado para el 15 de marzo, cuando llegó el 5 de febrero, de terrible memoria. Todo el dia 4 habia soplado el jaloque, de modo que todo el mundo habia languidecido con el entorpecimiento que este viento produce. El marqués de San Floridio estaba en su habitacion sujeto por la gota, tendido en un largo sillón. Estaba yo en la habitacion inmediata, á fin de acudir en cuanto llamase, si por casualidad tenia necesidad de alguna cosa, cuando de repente un ruido extraño se oyó en la atmósfera, y

el palacio comenzó á balancearse como un navio en la mar. Al momento la pared que separaba mi habitacion de la del marqués, se abrió con una hendidura por la que podia pasar la mano, al mismo tiempo que la pared paralela se hundia, y el techo, cesando de estar sostenido por aquel lado, se vino á tierra.

» Me arrojé al lado opuesto para evitar el golpe y me hallé cogida como bajo un techo; al mismo tiempo oí un gran grito en la habitacion del marqués. Estaba próxima á aquella grieta que se habia hecho en la pared; apliqué á ella un ojo. Al caer una viga habia herido al marqués en la cabeza y habia caido redondo desde su largo sillón al suelo enteramente aturdido. Iba á intentar acudir en su socorro, cuando por la puerta de la habitacion opuesta á aquella en que me encontraba, vi entrar á Cantarello en el gabinete del marqués. A la vista de su amo atontado, su rostro tomó una expresion tan extraña que me estremecí de terror. Miró á su alrededor para ver si estaba completamente solo; luego asegurado que nadie estaba allí, se lanzó sobre su amo: al principio creí que era para socorrerle; pero bien pronto me desengañé. Desató el cordón que ataba la bata del marqués, le rodeó á su cuello y luego apoyando la rodilla sobre el pecho le estranguló. En su agonía volvió el marqués á abrir los ojos, y sin duda reconoció á su asesino porque extendió hácia él sus dos manos juntas. Yo arrojé un grito involuntariamente. Cantarello levantó la cabeza. — ¿ Hay alguién aqui? dijo con una voz de trueno. Entonces fué cuando vi en toda su expresion de ferocidad aquel fruncimiento de

cejas, aquella mirada que me habian siempre horrorizado, aun cuando tenia su fisonomía tranquila. Temblando y casi muerta de miedo me callé y me recogí sobre mí misma. Al cabo de un instante, no viendo aparecer á nadie me volví á levantar, aproximé de nuevo mi ojo á la abertura, porque habia olvidado el peligro que yo misma corria permaneciendo en un palacio que podia acabar de hundirse de un momento á otro, tan sujeta y fascinada estaba en cierto modo por la terrible escena que acababa de pasar delante de mí. El marqués estaba tendido por tierra sin movimiento y parecia muerto. Cantarello estaba de pié delante de un secreter que todos nosotros sabíamos estaba lleno de oro y de billetes, porque jamás quedaba allí la llave y no ignorábamos que no la abandonaba nunca el marqués. El intendente cogia oro y billetes á manos llenas y los metia revueltos en los bolsillos de su traje; luego, cuando hubo cogido todo, arrastró los colchones de paja de maíz de la cama del marqués, volcó el secreter sobre los colchones, hacinó las sillas sobre el secreter y sacando un tizon de la chimenea prendió fuego á aquella hoguera. Al punto, viendo tomar cuerpo á la llama, se lanzó por la misma puerta por donde habia entrado.

» Como es esta una acusacion de muerte que yo hago contra una criatura humana, juro delante de Dios y de los hombres que mi relacion es exacta y que no quito ni añado nada á los hechos que han pasado á mi vista.

» El marqués estaba muerto; la llama hacia progresos espantosos, las sacudidas conmovian el palacio ha-

ciendo creer á cada momento que iba á hundirse. Despertóse en mí el instinto de la conservacion: me arrastré fuera de los escombros que me rodeaban por todas partes. Llegué á una escalera que bajé maquinalmente como si no tocase los escalones. Detrás de mí la escalera se hundió. Bajo el vestibulo me encontré frente á frente de Cantarello: arrojé un grito; quiso cogermé por debajo del brazo para arrebatarme, me lancé á la calle pidiendo socorro á gritos. Las calles estaban llenas de fugitivos; me mezclé al tropel, me perdí en sus olas y fui arrebatada por él y con él hasta la plaza grande. Habia perdido á Cantarello de vista y era lo único que deseaba por el momento.

» Pasó el día en medio de angustias espantosas. Llegó la noche. La mayor parte de las casas de Mesina ardian y el incendio iluminaba las calles y las plazas con una luz sombría y horrorosa. Sin embargo, como habia vuelto con la noche un poco de tranquilidad, se contaban los muertos por su ausencia; se buscaba á los vivos; el que tenia un padre, una madre, un hermano ó un amigo, le llamaba por su nombre. Yo no tenia á nadie; mi madre estaba en Taormina. Me habia sentado silenciosa, apoyaba mi cabeza en mis manos, y volviendo á pensar sin cesar en la espantosa escena á que habia asistido durante el día, cuando de repente, oí mi nombre pronunciado con un acento de temor indecible. Levanté la cabeza y vi á un hombre que corria de grupo en grupo como un insensato: era Luigi. Me levanté y pronuncié su nombre; me reconoció, arrojó un grito de alegría, dió un salto hasta donde yo estaba, me cogió

en sus brazos y me llevó como un niño. Me dejé conducir, pasé mis brazos al rededor de su cuello y cerré los ojos. A nuestro rededor oi gritos de terror, á través de mis párpados veia luces rojizas y alguna vez sentia el calor de las llamas; en fin, pasada cerca de media hora, el movimiento que me arrastraba disminuyó y luego cesó de pronto. Volví á abrir los ojos; estábamos fuera de la ciudad; Luigi rendido de fatiga, habia caido sobre una rodilla y me sostenia en la otra. En el horizonte ardía Mesina y se hundia con inmensos lamentos. Me habia, pues, salvado, estaba en los brazos de Luigi y fuera del poder de aquel infame Cantarello, al menos así lo creia.

» Me levanté con presteza: — Puedo marchar, dije á Luigi; ¡huyamos! ¡huyamos!

» Luigi habia tomado aliento; tenia tanto ardor para conducirme como yo para huir: pasó su brazo al rededor de mi cuerpo para sostenerme y volvimos á emprender nuestra precipitada marcha. Al llegar á Contessi, vimos á un hombre que conducia fuera de la aldea medio hundida cinco ó seis mulas. Luigi se aproximó á él y le propuso comprarle una que estaba ensillada; fué convenido el precio al instante. Pagada la mula, montó Luigi delante; yo me lancé á la grupa. Al amanecer llegamos á Taormina.

» Corrí á casa de mi madre: me creia perdida. ¡Pobre mujer! La dije que el marqués habia muerto y el palacio habia sido abrasado; la dije que sin Luigi veinte veces hubiera muerto; me arrojé á sus piés y la juré que moriria mejor que pertenecer á Cantarello.

» Me amaba: cedió. Entró Luigi, le llamó su hijo, y quedó convenido que al dia siguiente seria yo su mujer.

» Lo que habia sobre todo hecho á mi madre mas condescendiente, era que yo habia perdido todo por el suceso que habia causado la muerte del marqués. La posicion que ocupaba en su casa era superior á la de los servidores ordinarios; así que no tenia salarios fijos. Unicamente de cuando en cuando me regalaba el marqués algun dinero, que yo enviaba al momento á mi madre; y además, como he dicho, se habia reservado dotarme. La dote, ya lo sabia yo, debia ser de 10,000 ducados, pero en ninguna parte constaba aquella intencion: el marqués no habia hecho testamento. Aquella suma, por mas que hubiese sido prometida, no constituta una deuda. La familia ignoraba aquella promesa, y por nada en el mundo hubiera querido yo hacerla valer ante ella como un derecho. Habia, pues, perdido todo realmente á la muerte del marqués, y mi madre, que tan obstinadamente habia rehusado reunirme con Luigi, estaba en aquel momento en su interior, lo creo así, sumamente contenta de que este no hubiese cambiado de sentimientos con respecto á mí, lo que podia muy bien suceder con respecto á Cantarello. Por otra parte, me amaba de corazon y habia visto mi alejamiento para con él cambiarse en una irresistible aversion, y me habia oido jurarla con un profundo acento de verdad, que moriria antes que pertenecer á aquel hombre. Aunque Cantarello hubiese estado allí para reclamarme, creo que me hubiera dejado en aquel momento la libertad de eleccion entre él y su rival.

» Pasóse el día en cumplir cada uno por su parte nuestros deberes religiosos. El sacerdote fué invitado á estar preparado para el día siguiente á las diez de la mañana; se previno á nuestros parientes y amigos que en aquella hora debíamos recibir la bendición nupcial. Por lo que hace á Luigi, no tenia hacia ya largo tiempo ni padre ni madre, y no le quedaba ya ningun pariente bastante próximo para que creyese de su deber prevenirle. Tristes eran los auspicios para un matrimonio. Aunque el temblor de tierra se sintiese menos violentamente en Taormina, situada como está en una roca, que en Mesina y Catania, la ciudad, sin embargo, no estaba exenta de sacudidas que de momento en momento podian llegar á ser mas violentas. Sin embargo, Dios nos libró por aquella vez, y apareció el día sin que hubiese sobrevenido un accidente serio.

» Dieron las diez; nos fuimos á la iglesia acompañados de casi todo el pueblo. Al entrar me pareció ver á un hombre oculto detrás de un pilar en la parte mas sombría y retirada de la capilla. Por sencilla y natural que fuese la presencia de un curioso mas, sea instinto, sea presentimiento, desde aquel momento mis ojos no se separaron ya de aquel hombre.

» Comenzó la misa; pero en el instante en que nos arrodillábamos delante del altar, se separó el hombre del pilar, avanzó hácia nosotros, y colocándose entre el sacerdote y yo:

— » Este matrimonio no puede terminarse, dijo.

— » ¡ Cantarello! exclamó Luigi llevando la mano á su bolsillo para buscar en él su puñal. Le retuve el

brazo con fuerza, aunque yo misma me sentia palidecer.

— » No turbeis la ceremonia divina, dijo el sacerdote, y quien quiera que seais, retiraos.

— » ¡ Este matrimonio no puede terminarse! repitió Cantarello en voz mas alta é imperiosa todavia.

— » ¿ Y porqué? preguntó el sacerdote.

— » Porque esta mujer es la mia, replicó Cantarello señalándome con el dedo.

— » ¡ Yo la mujer de este hombre! exclamé: ¡ está loco!

— » Sois vos, Teresa, quien está loca, replicó friamente Cantarello, ó mas bien quien voluntariamente ha perdido la memoria. ¿ No os acordais ya que el marqués de San Floridio nos habia hacia largo tiempo desposado, y que la víspera misma del temblor de tierra, es decir, el día 4 á media noche, hemos sido desposados en su capilla, donde él mismo ha querido servirnos de testigo; desposados por su propio capellan?

» Arroqué un grito de terror, porque sabia que el marqués y el capellan habian muerto, y que por consecuencia ni el uno ni el otro podian atestiguar en mi favor.

— » ¿ Habeis cometido ese sacrilegio, hija mia? preguntó aun con aire de duda el sacerdote avanzando hácia mí.

— » Padre mio, exclamé, por todo lo que hay de nas sagrado en el mundo, os aseguro....

— » Y yo, dijo Cantarello extendiendo la mano hácia el altar, os aseguro...

— » ¡ Nada de perjurio, exclamé; nada de perjurio! ¿ No habeis cometido ya bastantes crímenes, de los que tendreis que responder ante Dios?

» Cantarello se estremeció y me miró fijamente, como si hubiese querido leer hasta el fondo de mi alma; pero esta vez en lugar de turbarme, su mirada me dió nueva fuerza, porque en ella veia retratarse un sentimiento de terror.

» Me aproveché de aquel momento de vacilacion.

— » Padre mio, dije al sacerdote. Este hombre es un pobre loco que me ha amado, y no puedo atribuir el crimen de que hoy ha querido hacerse culpable, á otra cosa que al exceso de su amor. Dejadme hablarle, os lo suplico, en voz baja y cerca del altar; pero delante de todos vosotros, y espero que se arrepentirá y que confesará la verdad.

» Cantarello prorumpió en una careajada.

— » La verdad, exclamó, la he dicho yo, y no hay poder en el mundo capaz de hacerme decir otra cosa.

— » Silencio, respondí, y seguidme.

» Dios me dió una fuerza desconocida, increíble y de la que jamás me hubiera creído capaz. El sacerdote habia bajado del altar: hice señal á Cantarello de que me siguiera: me siguió. Todos los asistentes formaban al rededor nuestro un ancho círculo; Luigi solo estaba de pié un poco avanzado con la mano en su puñal y sin dejar de mirarnos.

— » Teresa, me dijo Cantarello en voz baja y dirigiéndome la palabra el primero, y como si temiese lo que yo iba á decirle, ¿ porqué habeis faltado á la pala-

bra que nabeis dado al marqués de San Floridio? ¿ Porqué me habeis obligado á recurrir á este medio?

— » ¿ Porqué? le respondí, mirándole á mi vez fijamente, porque no quiero ser la mujer de un ladrón y asesino.

» Cantarello se puso pálido como la muerte; mas sin embargo, á excepcion de aquella palidez nada indicaba que el golpe con que yo acababa de herirle hubiese ido tan adelante.

— » ¡ De un ladrón y un asesino! repitió riendo; es- pero me explicareis esas palabras.

— » No tengo mas que una explicacion que daros, respondí: estaba en la habitacion inmediata y á través de una hendidura de la pared he visto todo.

— » ¿ Y qué habeis visto? me preguntó Cantarello.

— » Os he visto entrar en la habitacion del marqués en el momento en que acababa de ser herido por el desprendimiento de una viga; os he visto precipitaros sobre él; os he visto estrangularle con el cordón de su bata; os he visto forzar el secreter y coger todo, oro y billetes; despues sacar la paja de la cama, tirar el secreter, sillas y sofá y aplicarle el fuego con un tizon de la chimenea. Soy yo quien arrojó el grito que os hizo levantar la cabeza, y euando me habeis encontrado abajo en el vestíbulo y huido de vos habeis creído que estaba pálida de espanto, ¿ no es eso? Era de horror.

— » El cuento no está mal ideado, replicó Cantarello. Y sin duda, ¿ esperais que se creará?

— » Si; porque no es un cuento, sino una terrible realidad.

— » ¿Pero la prueba?

— » ¡Cómo! ¿la prueba?

— » Sí, es preciso dar la prueba. El palacio está quemado, el cadáver consumido, el secreter que contenía ese oro pretendido y esos supuestos billetes está reducido á cenizas. Sí, ¡ la prueba! ¡ la prueba!

» Sin duda Dios me inspiró.

— » ¿Ignorais, pues, lo que ha pasado? le pregunté.

— » ¿Qué ha pasado?

— » Despues de vuestra marcha, despues que habeis dejado la ciudad para ir á ocultar vuestro robo en algun retiro seguro, los criados del marqués se han reunido y en un momento de tranquilidad han subido á su cuarto. El cadáver se ha encontrado intacto, depositado en la capilla, y la huella de la estrangulacion puede verse, sin duda, todavía al rededor de su cuello. El secreter está en cenizas, si; los billetes están quedamos, si; pero el oro se funde y no se consume. Los criados sabian que ese secreter estaba lleno de oro: se buscarán los lingotes y los lingotes faltarán. Entonces yo diré dónde deben hallarse, y acaso buscando bien en las cuevas ó jardines de vuestra casa de Catania los hallarán.

» Cantarello exhaló una especie de gruñido sordo que solo yo pude oír, y noté que dudaba si darme de puñaladas inmediatamente, exponiéndose á lo que de ello pudiera resultar.

— » Si haceis un movimiento, le dije retrocediendo un paso, pido socorro y sois perdido. Vedlo antes.

» En efecto, Luigi y otros tres jóvenes parientes nuestros y amigos, estaban prontos á lanzarse sobre Cantarello á la primera señal que yo hiciese. Cantarello arrojó sobre ellos una mirada de lado, vió sus disposiciones hostiles, y pareció que reflexionaba un instante.

— » ¿Y si me retiro, si abandono la Sicilia, si os dejo ser feliz con vuestro Luigi?

— » Entonces me callaré.

— » ¿Quién me responde de ello?

— » Mi juramento.

— » ¿Y vuestro mismo esposo ignorará lo que ha pasado?

— » Siempre que nos dejeis tranquilos y no intentéis turbar nuestra felicidad.

— » Jurad, entonces.

Extendí la mano hácia el altar.

— « ¡Oh! ¡Dios mio! dije á media voz, recibid el juramento que hago de no decir jamás á alma viviente lo que he visto en el palacio de San Floridio durante el día 5. Escuchad el juramento que hago al asesino y ladron de ocultar su crimen á todo el mundo, como si yo fuese su cómplice, y de jamás, ni directa ni indirectamente, revelarlo á nadie.

— » Aun en confesion.

— » Aun en confesion; á menos, añadí, que él mismo me libre de mi juramento por alguna nueva percucucion.

— » ¡Jurad por la sangre de Cristo!

— » ¡Por la sangre de Cristo! lo juro.

15319

— » Padre mio, dijo Cantarello bajando los escalones del altar y dirigiéndose al sacerdote, soy un pobre pecador, perdonadme y rogad por mí; habia mentido, esta mujer es libre.

» Luego, pronunciadas estas palabras con el mismo tono que si el arrepentimiento las hubiese hecho salir de su boca, Cantarello pasó cerca del grupo de los jóvenes; Luigi y el mayordomo cambiaron una mirada, el uno de desprecio y el otro de amenaza; luego envolviéndose en su capa, ganó Cantarello la puerta con paso firme y desapareció.

» La ceremonia nupcial, tan extraña é inopinadamente interrumpida, se terminó entonces sin otro accidente.

» Al volver á casa, Luigi me preguntó acerca de lo que habia pasado entre Cantarello y yo, y me dijo de qué medio me habia valido para hacerme obedecer así; pero le respondí que, como habia podido ver, habia hecho un juramento, y ese juramento era el de callar. Luigi no insistió ya mas, sabia que ninguna súplica podia hacerme faltar á una promesa tan solemnemente hecha, y no descubrí nunca que hubiese guardado de mi negativa un recuerdo desagradable.

» Fuimos á habitar en la casa de Luigi. Era una linda casita aislada en medio de una viña, á tres cuartos de legua de Paterno, al otro lado de la Giavette y en el camino de Censorbi. En cuanto á Cantarello, habia abandonado, se decia, la Sicilia, y nadie le habia vuelto á ver desde el dia en que habia entrado en la iglesia de Taormina. Nadie habia traslucido, por lo de-

más, nada del asesinato y del robo, y ninguno sospechaba que el marqués de San Floridio habia muerto accidentalmente.

» Durante tres años, fuimos Luigi y yo las criaturas mas felices de la tierra: el único pesar que habiamos experimentado, era la pérdida de nuestro primer hijo; pero Dios nos habia enviado otro lleno de salud y robustez, y comenzábamos á olvidar aquella primera pérdida por mas dolorosa que nos hubiese sido. Nuestro hijo se estaba criando en Feminamorta, pequeña aldea situada á dos leguas, sobre poco mas ó menos, de nuestra casa; todos los domingos, ó íbamos á verle, ó su nodriza nos le llevaba.

» Una noche, era la noche del 2 al 3 de diciembre de 1787, llamaron violentamente á nuestra puerta; Luigi se levantó y preguntó quién llamaba: — Abrid, dijo una voz; vengo de Feminamorta, y soy enviado por la nodriza de vuestro hijo. — Arrojé un grito de terror, porque un mensaje á aquella hora no presagiaba nada bueno.

» Luigi abrió. Un hombre vestido de aldeano estaba en el umbral.

— » ¿Qué quereis? preguntó Luigi. Nuestro niño, ¿está enfermo?

— » Hoy á las cinco ha sido acometido de convulsiones, dijo el aldeano, y vuestra nodriza os hace saber que si no acudís pronto, temo que el pobre inocente se muera sin que tengais el consuelo de abrazarle.

— » ¡Y un médico! exclamé, ¡un médico! ¿no deberiamos ir á buscar un médico á Paterno?

— » Es inútil, respondió el aldeano, esto no haria sino retrasaros, y el de la aldea está con él.

» Y como si el aldeano tuviese prisa, tomó corriendo el camino de Feminamorta.

— » Si llegais antes que nosotros, gritó Luigi al mensajero, anunciad á la nodriza que os seguimos.

— » Si, dijo el aldeano, cuya voz comenzaba á perderse á lo lejos.

» Nos vestimos á toda prisa llorando; despues cerrando la puerta tras de nosotros, tomamos tambien el camino de Feminamorta; pero como á la mitad del camino, y cuando atravesábamos un sitio rodeado de rocas, cuatro hombres enmascarados se arrojaron sobre nosotros, nos ataron las manos, nos pusieron una mordaza en la boca y una venda por los ojos. Despues haciendo avanzar una litera llevada en dos mulas, nos hicieron entrar en ella, y se pusieron al punto en camino al trote largo de las mulas. Marchamos así cuatro ó cinco horas, luego nos detuvimos; un instante despues, se abrió la puerta de nuestra litera, y conocimos por el fresco que llegaba hasta nosotros, que debíamos estar en alguna gruta: entonces nos desembarazamos.

— » ¿ Dónde estamos, y á dónde nos llevais? exclamé al instante, mientras que por su parte, Luigi hacia sobre poco mas ó menos la misma pregunta.

— » Bebed y comed, dijo una voz que nos era completamente desconocida, mientras nos desataba las manos, dejándonos las piernas atadas; bebed y comed, y no os ocupeis de otra cosa.

» Arranqué la venda que me cubria los ojos. Como

lo habia previsto, estábamos en una caverna, dos hombres enmascarados estaban de pié, cada uno á una puerta, con una pistola en la mano, y otros dos nos presentaban vino y pan.

» Luigi rechazó el vino y el pan que se le ofreció, é hizo un movimiento para desatar la cuerda que sujetaba sus piernas; uno de los hombres le apoyó una pistola en el pecho.

— » Otro movimiento parecido, le dijo y eres muerto.

» Supliqué á Luigi que no hiciese ninguna resistencia.

» Se nos presentó de nuevo el pan y el vino.

— « No tengo hambre, no tengo sed, dijo Luigi.

— » Ni yo tampoco, añadió.

— » Como querais, nos dijo el hombre que nos habia hablado ya, y cuya voz nos era desconocida; pero entonces encontrareis justo que os vuelva á atar las manos, que os vuelva á tapar y os vendé los ojos.

— » Haced lo que querais, estamos en vuestro poder, dije yo.

— » ¡ Infames! ¡ malvados! murmuró Luigi.

— » ¡ En nombre del cielo! exclamé; en nombre del cielo! Luigi; nada de resistencia, bien ves que estos señores no quieren matarnos. Tengamos paciencia, y acaso tendrán piedad de nosotros.

» A aquella esperanza, expresada con el acento de la angustia, respondió una sola carcajada; pero esta carcajada me hizo estremecer hasta el fondo del alma. La reconocí por haberla oido ya en la iglesia de Taormina.

Sin duda alguna, estábamos en poder de Cantarello, que sería uno de los cuatro enmascarados que nos escoltaban.

» Tendí las manos, é incliné la cabeza con sumision. No fué así Luigi : se empeñó una lucha entre él y el hombre que quería atarle ; pero los otros tres fueron en socorro de su compañero, y fué de nuevo atado y envuelto á viva fuerza, despues le vendaron los ojos, y cerraron las portezuelas y los vidrios de la litera.

» No puedo decir cuántas horas permaneceríamos así, porque es imposible medir el tiempo en semejante situación. Solo sí, es indudable que pasamos el dia ocultos en aquella gruta, no atreviéndose, sin duda, nuestros conductores á marchar mas que por la noche. No sé lo que Luigi sentia ; á mí me abrasaba la fiebre, y tenia un hambre... y sobre todo una sed terrible. En fin, nuestra litera se abrió de nuevo, pero aquella vez no nos desataron ; se contentaron con quitarnos la mordaza de la boca. Apenas pude hablar, pedí de beber : aproximaron un vaso á mis labios ; le bebí de un solo trago, y al punto sentí que se me volvía á cubrir como antes.

» No habia yo tenido tiempo de probar el líquido que se me habia dado, y que se parecía mucho al vino, por mas que tuviese un gusto extraño que yo no conocia ; pero cualquiera que fuese aquel líquido, sentí al cabo de un instante que refrescaba mi pecho. Hay mas ; bien pronto experimenté una calma que creia fuese imposible en una situación semejante á la mia. Y aun aquella tranquilidad no estaba exenta de cierto encanto. Creí,

aunque estaban vendados mis ojos, ver pasar por delante de mí fantasmas luminosos que me saludaban con dulce sonrisa : poco á poco caí en un estado de apatía que no era el sueño ni la vigilia. Me parecia que murmuraban á mis oidos tonos olvidados desde mi juventud primera : de cuando en cuando veia grandes luces que atravesaban como relámpagos la oscuridad de la noche, y descubria entonces palacios profusamente iluminados ó bellas praderas cubiertas de flores. Se me figuró sentir que me cogian y me trasportaban bajo una enramada de adelfas y madreselvas, que me echaban sobre un banco de césped, y veia encima de mí un hermoso cielo estrellado. Entonces me puse á reir del temor que habia tenido cuando me habia creido prisionera ; volvía á ver á mi hijo, que venia jugando hácia mí ; pero no era el que vivia todavía ; cosa extraña ! era el que habia muerto. Le tomé en mis brazos, le interrogué sobre su ausencia, y me dijo, que una mañana se habia despertado con dos alas de ángel y habia subido al cielo ; pero me habia visto llorar tanto que habia rogado á Dios le permitiese descender á la tierra. En fin, todos estos objetos se hicieron poco á poco menos claros, y concluyeron por confundirse y desaparecer en la noche. Caí entonces casi sin transicion en un sueño pesado, profundo, oscuro y sin ensueños.

» Cuando me desperté, estábamos en la cueva donde todavía estamos, yo libre, Luigi aherrojado á la pared por una cadena. Una mesa estaba colocada entre nosotros : sobre esta mesa habia una lámpara, algunas provisiones de boca, vino, agua, vasos, y junto á la pared